

«VOLVERÍA OTRA VEZ A DECIRLO, PERO YA ES IMPOSIBLE»

SEVILLA. M. D. Alvarado

Con emoción en su cara, en sus palabras, «derrumbado» por el cariño con que, con la ovación del Maestranza, Sevilla respondió a su Pregón, Carlos Herrera no dudó ayer en mostrar su pesar porque éste «ya ha pasado, volvería a decirlo, pero ya es imposible». Además pidió a los que lo analicen la misericordia que se tiene «con el que hace un trabajo arriesgado».



En el camerino del Teatro de la Maestranza, saboreando los primeros minutos transcurridos desde que terminó su pregón con la intensidad que fumaba el puro con el que se premiaba, Carlos Herrera no dejaba de recibir felicitaciones de unos y otros y, entre ellas, con el reflejo aún en su cara, en sus gestos, de la tensión que lleva consigo la responsabilidad, asumida y deseada, de pregonar la Semana Santa de Sevilla, no dudó en atender a los medios de comunicación.

Su pregón había puesto al Teatro de la Maestranza, con su aforo totalmente lleno, en pie. Había recibido una larga y profunda ovación, que, dijo, haber sentido con la emoción que supone el que esos aplausos representan «el amor, el cariño de tu gente, y uno, que es especialmente vulnerable —reconoció Herrera— cuando lo ha comprobado y lo ha visto, se ha derrumbado, claro, ¿quién no se derrumba ante Sevilla cuando Sevilla se pone de pie?».

Luego, reconoció que en esos momentos, nada más pregonar su amor a Sevilla y a la Semana Santa sentía «mucho pena, porque ya ha pasado. Lo malo del Pregón —continuó— es que cuando pasa, ya ha pasado y ya no se repite nunca más. Volvería otra vez a salir, a decirlo, me gustaría volver otra vez al primer punto pero... ya es imposible».

Pero esa «añoranza» del Pregón, de «alguna que otra madrugada, tarde y noche», preparándolo, pensándolo, no le hará, asegura, volver a leerlo cuando pase el tiempo. Y no va a releerlo porque, reconoce, «si lo hiciera, entonces diría en esta frase podría haberle dado otro brillo...Lo hecho, hecho está. Así que vamos a vivirlo como está y disfrutarlo como está».

El pregonero no quiso entrar en calificar su obra, quiso dejar esa tarea a los demás, a quienes, desde el mismo momento en que terminó de decirlo empezaron a comentarlo, aunque, eso sí, reconoce estar «curioso, impaciente por saber cómo califican mi pregón los demás y entonces, yo repetirlo, sin ningún tipo de pegas, pero, primero, que lo hagan los otros».

Con todo, como ya había hecho antes en el mismo Pregón, Herrera, ahora con risas, vuelve a pedir misericordia a quienes vayan a analizar y desmenuzar su trabajo: «porque hay que ser misericordioso siempre con el que hace un trabajo tan arriesgado. Sean bondadosos —insiste—, que es como, normalmente, suelen serlo».

La gente sigue llegando, con no pocas dificultades, al camerino del Maestranza y el pregonero tiene que dejar a los periodistas para poder atender los abrazos y felicitaciones de los que pueden expresárselo directamente.